

A decorative floral border with intricate scrollwork and small flower motifs, framing the title text.

EL PRIMER ARRANQUE



EL PRIMER ARRANQUE.

NO sé si los prodigiosos adelantos de las ciencias biológicas lleguen á encontrar la razón matemática entre los grados de latitud terrestre y los átomos de fósforo del cerebro humano; pero en virtud de una observación, que no tiene nada de científica se puede asegurar que los pueblos mas cercanos al Ecuador ganan en imaginación y en entusiasmo lo que ceden en juicio y madurez á los pueblos del Norte. Y ya que tan lejos nos remonta el deseo de encontrar la causa de efectos pequeños, no sería aventurado suponer que

la inmensa altura en que nos encontramos sobre el nivel del mar, influye, no sólo en nuestro organismo material, sinó en nuestro carácter.

Apenas si podemos aspirar á los dictados de perseverantes y de previsores, facultades propias de organizaciones frías y concentradas. En cambio nadie nos gana en el primer arranque, ni en entusiasmo y calor nos aventaja raza alguna del Norte, ni á imaginación los mas inveterados soñadores. En tal predicamento tenemos un enemigo invencible, contra el que nada pueden ni nuestros versos ni nuestras virtudes. Este enemigo es el tiempo; no el periódico, sinó el de la guadaña y la ampolleta. Ese viejo, además de los perjuicios ordinarios que nos causa en razón de lo deleznable de nuestro sér, pone de manifiesto lo poco resistente de nuestros hombros para toda tarea larga; siendo así que las tareas largas, y en general todas las obras encomendadas á la perseverancia, son, por lo común las mas trascendentales, como que realizan las gran-

des transformaciones y los hechos históricos.

Pero es una calidad inherente de nuestro carácter sentir el cansancio moral después de los primeros pasos, como sentimos el cansancio de nuestros órganos respiratorios, después de subir algunos escalones de las escaleras de Palacio y de otras partes. No se puede negar, sin embargo, que hemos hecho muchas cosas buenas favorecidos por ese primer arranque. Él ha engendrado muchas sociedades científicas y literarias, y muchas instituciones benéficas, de las cuales el viejo tiempo, tan circunspecto y grave como es, se ha reído por la seguridad que tenía el muy tuno, de que unos cuantos años bastarían para dar cuenta de esas instituciones.

Otro de los ejemplos mas elocuentes del primer arranque es el difunto Bazar de Caridad, que amenazó á los pobres con sus jamaicas, sus letras doradas y sus esplendeces, para morir de inanición y de hambre.

En el primer arranque brotó un Congreso higiénico, que tras de admirables axio-

mas, y tras de luminosísimos discursos científicos, pronunció la última palabra sobre higiene, y se quedó dormido sobre su gloria.

En el primer arranque se mandan visitar los expendios de comestibles y licores, se nombran interventores del timbre, inspectores de sanidad, inspectores de policía, veladores, vigilantes, barrenderos y demás gente útil, y toda fuerte, inabordable é im-
pervertible en su primer arranque.

En el primer arranque se hacen todas las cosas buenas y que no debían acabarse ni perecer. Y ¿qué más? en el primer arranque se hacen las tres cuartas partes de los matrimonios, de esos que anuncian los periódicos juntamente con los casos de tifo y enteritis.

En el primer arranque llegó la sociedad mexicana, lo mas granado, se entiende, á impulsos del amor propio y del mas saludable acceso de civilidad, á proyectar un Casino mexicano en esta capital, para irles en zaga á españoles, franceses, alemanes, y

pagarles algún día en buena ley, la generosa hospitalidad que por largos años nos han dado á nosotros los vecinos de esta capital, que vivimos sin salones.

Pero pasado el primer arranque, que produjo una suscripción de siete mil pesos, el Casino se quedó platicado y el dinero fué devuelto á los accionistas.

Decididamente la virtud de la perseverancia anda por las nubes.

Otra de las cosas buenas, hechas en el primer arranque, ha sido la introducción del alumbrado de gas; tan brillante y tan deslumbrador hace diez años, y tan mortecino, maltrecho y amarillo en estos tiempos, en los que á pesar de las muchas luces que arden, el salón del teatro nacional está casi oscuro y á media luz las calles. En todas partes el mejor alumbrado es el de gas; en el de México el petroleo y el sebo lo superan; y cuando los periódicos, en un primer arranque, menudean párrafos contra el gas y contra la empresa, el cabildo ha solido tener un acceso de sensibilidad auditiva, y

ha nombrado en otro primer arranque una comisión de peritos. Y ¿qué piensan ustedes lo que han dicho los peritos? Que el gas está muy bueno, con la presión suficiente y produciendo la luz necesaria. Cuando los peritos hablaron, como había pasado ya el primer arranque, todo el mundo se conformó con el dictamen y la luz en la ciudad siguió siendo tan mala como siempre.

Parece increíble; pero así ha pasado. La prensa se quejó y tuvo razón. El Ayuntamiento nombró peritos y cumplió con su deber: los peritos dieron su dictámen y cumplieron con su conciencia; también tuvieron razón. El gas resultó ser de buena calidad, cierto; con la presión suficiente, cierto; y dando la luz suficiente, cierto. Y no obstante tanta luz, tanta ciencia y tanta verdad, seguimos á oscuras, sin esperanza de remedio.

Esta charada tiene una solución muy sencilla: la comisión nombrada para examinar el gas se dirigió, como era muy natural, al gasómetro, lo mas cerca posible, no sólo

del gas, sinó de la empresa, la cual, y para el uso de su propia oficina, disfruta, al pié del depósito, el máximun de presión, y por consiguiente de luz, la cual examinada por los peritos y sin examinar, resultó bien.

Pero es claro que si la comisión en lugar de examinar los quemadores al pié del Gasómetro en San Lázaro, y de día, hubiera examinado los de la Alameda y de noche, hubiera cambiado su dictamen, asegurando lo que es cierto y sabe todo el mundo y es que para el servicio del alumbrado de la ciudad es insuficiente un solo depósito en San Lázaro; y tras este dictámen el Ayuntamiento se hubiera visto en la necesidad de exigir á la empresa la construcción de nuevos gasómetros al poniente de la ciudad, todo lo cual ya no hubiera pertenecido al primer arranque, que, como el gas, se había ido extinguiendo lentamente hasta volver á quedar todos á oscuras y resignados.

México sería muy feliz y las cosas caminarían á pedir de boca, si encontrara la ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, COAHUILA

nera no sólo de utilizar sinó de repetir los primeros arranques, en cuya repetición es precisamente en lo que consiste la firmeza y la perseverancia.

Las sociedades mutualistas subsisten porque en la renovación de funcionarios aprovechan el primer arranque de los nuevos; como el himeneo subsiste porque aprovecha el primer arranque de los novios.





EL LUJO.

CUANDO la industria hubo satisfecho todas las necesidades de la sociedad organizada sintió el impulso que la iba á llevar por el camino de su progreso hasta llegar á las maravillas del arte. Ya había vestido al hombre y colmado su hogar de todas las comodidades de la vida, ya había provisto á todo lo útil y á todo lo necesario, y seguía en su camino infatigable, y laboriosa, en busca de un ideal, asombrando al mundo con sus productos y sus creaciones.

El telar es uno de los mas grandes prodigios de la industria y que llenará de admiración todavía á muchas generaciones, sea cual fuere el grado de civilización que alcancen en el porvenir; el telar es una de las mas grandes conquistas del ingenio humano, que no será suficientemente elogiada. Con nadie es mas ingrato el mundo que con los inventores y perfeccionadores de esas máquinas ingeniosísimas, que producen los tejidos de lujo. Esas telas deslumbran por su riqueza, seducen por su vista, y la imaginación del que las contempla, absorta en el artefacto, casi nunca se ocupa de su autor, ni mucho menos de ese verdadero milagro de la mecánica y de la matemática, que se llama telar, que es la hada encantada de la industria moderna. No hay más que contemplarla por un momento manejando miles de hilos finísimos que suben, bajan y voltean, y se esconden y se enredan, cosiendo, bordando, tejiendo, dibujando, calando, modelando, realizando y matizando con una pasmosa exactitud matemática, con una des-

treza inconcebible, con una limpieza sin ejemplo y con una precisión que realiza la idea de lo definitivamente perfecto.

Pero nadie piensa en ese prodigio, incomprendible para la mayoría de las gentes, y cuyo mecanismo complicadísimo cansa la imaginación y abruma la comprensión del que pretende explicárselo. Yo he elevado el himno mas ferviente de mi alma al Hacedor de la criatura inteligente, cuando delante de una de esas máquinas, he palpado cómo el hombre ha trasmitido su vida, su movimiento, su poder y su inteligencia á la materia, convirtiéndola en una especie de sér organizado que piensa, que obedece y que trabaja.

Cuando en medio del ruido peculiar que producen esos roces, de giros, de fuerzas y de movimientos, se contempla aquel fantasma de hebras de todos los colores, elegir las que necesita, retirar las que estorban, tramar las que enlazan, aflojar las que cosen, matizar las que cuadran, escoger las que no han de verse, y tejer, unir, calar, realzar y

dibujar hojas y flores con contornos y escorzos, y sombras, toques, luces, relieve y brillo; no parece sinó que una inteligencia, superior á la humana, está encerrada en aquel prodigio de la industria.

El telar, aún en su estado rudimentario, cambió el aspecto de los pueblos de Oriente; despojó á los reyes pastores de la piel de tigre para entregarles la tela color de púrpura, y al telar debieron las fastuosas córtés asiáticas gran parte de su esplendor y magnificencia. El trabajo manual de miles de esclavos producía las vestiduras de los reyes. La China, una de las primeras naciones industriales del mundo, con sus millones de gusanos y sus millones de súbditos, hacían entre las crisálidas y entre los bambús el silencioso trabajo de Penélope, en medio de la forzosa concentración del espíritu en la esclavitud irredimible.

Nacía entre esperanzas é intuiciones esa divinidad dominadora, el dios del lujo, que había de prestigiar la teocracia de los primeros reyes, dorar los templos, arraigar la

idolatría y revestir con los mas deslumbrantes atavíos al hombre que se hacía dios sobre la tierra; dividía con Brahma las castas, dedicaba la púrpura á los reyes, y surgen todavía desde entonces legiones y legiones de esclavos, aherrojados al carro de esa deidad, cuyo reinado comienza en el Indostán cuatro siglos antes de Jesucristo y que, extendiendo su dominación entre todas las razas orientales, resiste á todos los cataclismos y á todas las vicisitudes de la historia, hace tributarios suyos, como lo acostumbraban todos los pueblos conquistadores, á los vencidos; avasalla á las artes apenas nacen en Grecia, roba sus secretos á la ciencia, que, aunque libre, presta dócíl su contingente á esa divinidad pagana, que se apodera después del culto católico para que el lujo reine en las pagodas y en las catedrales, en la religión y en las costumbres.

Númen de mil industrias riquísimas, dá creces al comercio del mundo, para levantar y derribar fortunas; dá nuevo aspecto á las sociedades que lo adoran como á un

dios y le tributan culto y homenaje, y caudales de vida se derraman para que exista ese irresistible ideal de la existencia humana.

Pero tras de los potentados que forman su cohorte, tras de las naciones ricas que lo exhiben en sus monumentos, en sus paseos, y en sus edificios, viene una falange de personas pobres y de naciones pobres, que recogen los recortes de oropel para ataviarse, queriendo que el lujo que nace en el Indostán y reina en las fastuosas ciudades europeas, venga á visitar la «ciudad de los palacios» y á pasearse con las beldades domingueras en el Zócalo.

El Zócalo, ese sambenito municipal, que tan exacta idea dá de nuestra pobreza pretenciosa, tiene su ayuntamiento que lo cría y lo amamanta, su plebe, feliz de sentarse en bancas de hierro después de haberlas desprovisto, robándose las, de todas las perillas de plomo que las adornaban, después de haber arrancado los adornos y argollas de las farolas; tiene sus carcamaneros ó

vendedores de barquillos, enviados allí por la inmoralidad pública á engendrar la pasión del juego de azar en el corazón de los niños; tiene sus dulceros sucios, su música oficial, y por último sus beldades zocaleras, últimas sacerdotisas de la deidad reinante, envueltas en raso maravilloso tramado de algodón.

La pasión del lujo es un monstruo insidioso y artero que roe el corazón de las sociedades para alimentar los costosos talleres de la industria con el propio dinero de sus víctimas. Pocos, poquísimos ricos lo sostienen victoriosamente, sin menoscabo moral y sin transacciones con la virtud.

En las fortunas escasas y mediocres, causa los desplomes, las ruínas, la vergüenza y el crimen; y en los pobres, además de la parodia y la vanidad sainetesca del grajo de la fábula, causa casi siempre las caídas mas escandalosas de la miseria y la abyección.

El lujo aparece en la mejor de sus fases, cuando se ostenta por una nación civilizada

en sus hospitales, en sus establecimientos de beneficencia pública, de instrucción y de recreo, cuando después del orden de la administración y la munificencia en los gastos empleados en llenar el objeto, rebosa el sobrante en la construcción de edificios monumentales, como homenaje á la civilización, á la filantropía, á las artes y á las ciencias.

Un gremio numerosísimo de desheredados corre en pos de la deidad, sin maldita la aprehensión del ridículo; es un gremio feliz que se contenta con engañarse á sí mismo, usando piedras falsas y doublé, y géneros tramados y todas las cosas que llaman «de imitación;» y acicalados con las plumas del pavo, se pavonean, por esas calles de Dios y por ese Zócalo, exhibiendo su munificencia zarzuelesca.

Hay también muchos cronistas, optimistas de índole y candorosos de carácter, cronistas felices también porque les gusta todo; de esos cuyo oficio es aplaudir, y para quienes todas las señoritas que se casan son, además de virtuosas, hermosísimas; cronis-

tas boquiabiertos y miopes para quienes todas las telas son ricas, todos los encajes finos, todas las piedras brillantes, todas las feas encantadoras, todas las reuniones elegantes, y todo lo que ven irreprochable.

Las horcas caudinas de la crónica obligatoria los tiene lelos, y palmotean automáticamente siempre que se trate de lujo.

No ha faltado cronista que con la mejor intención del mundo, y puede ser que hasta sintiendo algún arranque misterioso de amor patrio, elogió no hace mucho la riqueza del traje con que la señora del ministro mexicano en Inglaterra se presentó en el besamano de la Corte.

El mismo señor ministro al leer en Londres esas noticias me escribe lo siguiente:

Querido amigo:

.....

Lo que ha visto usted publicado en México sobre la elegancia y lujo de Laura en la corte, es una de tantas exageraciones de periódicos de sociedad y modas, que no sólo á Laura, sinó á otras muchas señoras elo-

giaban descompasadamente por lo que hace á sus vestidos. Agradeceré á usted que en alguno de sus artículos, y aunque sea de paso, ó como mejor le parezca, diga que si mi señora, al ser presentada en el «drawing room» ó besamano, estaba vestida con algún gusto, no tenía puesto nada de gran valor, como otras señoras de esta corte; porque yo no soy rico para poder costearlo, ni vanidoso para arruinarme por llevar las apariencias mas allá de lo que exige mi decoro como representante de México. Tenía Laura un vestido bordado de perlas como se ha dicho, pero perlas de imitación ó falsas, pues era de un género con ese adorno, y bastante conocido por ser ahora de moda, hallándose al alcance de todas las fortunas.

Digo esto porque no ha faltado persona tan candorosa en México que ha creído que mi esposa eclipsó con sus perlas y su fausto á las señoras de esta riquísima aristocracia, sorprendiéndose naturalmente de mi improvisada á incomprensible riqueza. Se-

mejante error depende no sólo de ignorancia en quien tal cosa ha creído, sino de la natural exageración en los «reporters» ingleses, así como de los comentarios con que periodistas mexicanos amigos míos, y con las mejores intenciones en mi favor han llamado la atención de nuestro público hacia el vestido de mi mujer en una ceremonia. Sin embargo, yo no quiero quedarme con la reputación, siquiera sea entre pocos, ni de rico misteriosamente improvisado, ni de loco y aturdido que pretende esa apariencia.

.....
Su afectísimo amigo que no le olvida y le desea felicidadés.

IGNACIO MARISCAL.»

Este rasgo que honra sobremanera á nuestro Ministro pone de manifiesto la inconveniencia de las exageraciones de los revis-
teros.
